



MIENTRAS VIENE EL TRENILLO

Por Antonio PEREIRA

A lo que estamos, mujer, mira esa chica que no para.

-¡Ven, Encinita! No hagas enfadarse al abuelo.

El hombre irguió el tronco y por sus ojos pasó un relámpago desafiante. Sacó un pitillo y se dio fuego con voluntad de indiferencia, que en los tipos así puede terminar chulería, una chulería no demasiado antipática. Miró de reojo a las extranjeras, ¡qué buenas están, la mar!, y las extranjeras sonrían tontonas. El supuso que habían oído lo del abuelo y pasó rabia, sin caer en que las extranjeras, ¡pero qué buenas!, se sonrían tontonas cuando no entienden lo que se dice. Le dio volumen al transistor.

-¡Qué descaró!- habló bajo, pero con encono-. Los chicos con sus padres. ¿O acaso crió alguien a los tuyos?

-Éramos de otros tiempos- respondió la mujer con humildad.

Más de veinte años casados y no se le quitaba a aquel consentido temor que le nació a la mañana siguiente de la boda, cuando le preparó a él su primer desayuno y él tenía que marcharse a trabajar en la obra.

-Si sé esto, de qué- se sacudió la ceniza de encima del pantalón nuevo-

. Valiente fiesta.

-Pero la extraordinaria...

-Podían quedárselas, las extraordinarias, y que aumentarán de cara el jornal- era más que un mano de obra corriente, ahora lo ponían como gruista, y se acordó hasta con un poco de orgullo de la máquina nueva, pero su oficio de marido era la cólera-: «¡Y a ver si paras el ventilador!

La mujer dejó de darse aire y él reconoció para sus adentros que, estaban mejor cuando la mujer se daba aire, pero gruñó aún y soltó contra el cemento un escupido breve y de hombre. Las extranjeras, ¡qué piernas, su madre!, se pusieron serias, como si en vez de un poco de saliva con tabaco hubieran soltado una rata. España es también para los españoles, o qué. Pero resultaba un poco violento que las extranjeras hubieran dejado de sonreírse con sus muchos dientes iguales. Fue a cambiar de emisora y tanteaba aquí y allá, sorteando las de los moros. Cuando notó otra hebra en la punta de la lengua la condujo al labio y allí la recogió disimuladamente con el pañuelo, muy limpio y sin desdoblar. Por no mirar a las extranjeras, se encaró con la alternancia de los azulejos del zócalo, uno era un león, otro como una flor de la que sobresalían tres hojas, y un león y una flor, si la menos flaca se ha movido un poco se le estará viendo el mismísimo, y un león y una flor, y el sueño que le estaba entrando; maldito verano, que siempre andamos con sueño los que tenemos que trabajar, ¡que mires por esa chica, no sé cómo te lo van a decir!

-Ven, Encinita, las niñas tienen que obedecer.

El hombre se levantó, abrió los brazos y se puso a estirarse. Luego fue con desgana a avizorar la vía. Volvió al banco de azulejos, insultó a la Compañía llamándola estos tales, y el sueño empezaba a vencerle. Dio con el codo en el cuerpo ancho de su mujer, que le dejó más sitio, y ya no podía saberse de él como no fuera por algunos breves e inesperados ronquidos. Entonces, las extranjeras volvieron a sonreír con simpatía, pero el hombre no podía verlas. La mujer sí las veía y sonreía también; todas como si fuesen cómplices de algo.

Le ocurría siempre que estaba junto a su hombre dormido. No es que perdiera el respeto, sólo que no sentía aquel miedo, que a lo mejor no era miedo ni tenía por qué serlo; por ejemplo, él no la había maltratado jamás

de obra, pero ella así, teniéndolo cerca, notaba un gusto muy grande de saberlo fuerte y a veces le palpaba algún tendón con disimulo, fuerte saberlos sobre y al mismo tiempo atado, con lo cual podía una hacerse pensamientos y figuraciones, volver a cosas pasadas, que era adelgazarse la cintura y ninguna falta en la boca, todo en secreto, casi como una mujer mala, pero sin llegar a ser una mujer mala. La radio toca canciones andaluzas. Qué cosa tan dulce y de llorar daban las canciones andaluzas allá en el Norte, de noche más. Por los arcos del porche del pequeño andén asalta el sol inclemente del 18 de julio y la luz hierde tanto que los ojos buscan cualquier oscuridad: Los Boliches, Torreblanca, Carvajal, ¡qué alivio la gran pizarra negra con sus letras blancas!; Tra-in-ti-me ta-ble, Carvajal, Benalmádena, Arroyo de la Miel, Torremolinos, El Pinar, Sanatorio Marítimo.

Aquella letanía le trajo encadenada otra letanía. Cambiaban las palabras, pero no cambiaba la música. Había olvidado muchas cosas, no se atrevería a contar a nadie que recordaba mal la cara de madre que en gloria esté, pero ahora podía recitar con la misma seguridad que aquel verso que le enseñaron para el mes de las flores, y por gusto lo comprobaba: Albares, Brañuelas, Torre, Bembibre, Ponferrada, Toral de los Vados. Las canciones de la radio de entonces no eran andaluzas del todo, pero decían mucho corasón. Su hombre también decía corasón cuando andaba en lo del pantano, y madre que tenía entonces una cara alegre, aunque ahora no pudiera recordarla bien, le decía a ella que se dejaba enamorar por la novedad. El correo que venía de Madrid pasaba por Toral al mediodía. El exprés pasaba de madrugada, no eran horas para una muchacha, sólo alguna noche de verano lo pudo ver, aprovechando la verbena de San Cristóbal, y era un tren misterioso y dormido, como si fuese cargado de muertos.

Lo mejor era el correo que todas las tardes venía de Coruña y Vigo. También tenían suerte en Toral, que les tocara el de Galicia a la hora de darse una vuelta las chicas. Bajaban a la estación y andaban arriba y abajo por el andén, desde la cantina hasta la otra punta. Si estaba Rosa, ¡qué habrá sido de Rosa!, daría algo por verla ahora, iban hasta casi el urinario de caballeros, y Rosa avisaba: "Fijaros, fijaros", y las amigas: "No seas loca, Rosa: tú vas a acabar como no veas, Rosa". Miró para el compañero con

aprensión. Dijo muy bajo:

-Encinita, niña, no vayas a despertar al abuelo.

Al gallego lo advertían bastante antes de que asomase por la revuelta. Los chicos, si no lo veían los de la gorra, se agachaban sobre la vía y ponían la oreja encima de los raíles, pero no hacía falta, bastaba observar la inquietud de la gente cuando tocaban la campana, y era que el tren había salido ya de Quereño. Entraba en agujas como Un toro largo y furioso y la gente se apartaba a empujones contra el edificio de la estación, hasta que el tren se iba aplacando y ya todos se arrimaban como a un animal que se sabe amigo. Sucedió todos los días, pero como si fuera la primera vez, igual que si se tratase de un milagro, y Toral era por unos minutos una ciudad importante, como León o Monforte de Lemos. Luego, las chicas iban a casa a ayudar para la cena, y algunas noches tenían sueños que no se pueden contar a las madres. A las madres no les contábamos nada: Sanatorio Marítimos. Los Álamos, Campamento, Campo de Golf, San Julián, Départs po-ur Málaga. La radio se había bajado sola, bastaba ladearla un poco. O es que daban anuncios suaves, prendas finas o perfumería. El sol avanzaba lento como una marea, el reloj Girad estaba parado, si el trenillo no venía pronto el sol iba a llegar hasta el banco donde se refugiaban los viajeros, despertaría a su hombre, ella no podría tener pensamientos.

Entonces salió un himno de la pequeña caja del transistor, algo que a ella le pareció muy grande para una cosilla tan chica. Vagamente relacionó aquel brío con las tres banderas que acababa de ver en el balcón del Ayuntamiento, con la paga extraordinaria y con que ellos estuvieran esperando al trenillo para marchar de excursión. El himno crecía, sonaban más las trompetas y los tambores, aunque nadie le había dado a la ruedecilla del aparato, y pronto fue un olor ciertísimo de carbonilla mezclada con cajas de ciruelas apiladas en el muelle: parece que sale mismamente de aquí, la mujer se señalaba los adentros: no había leído libros, no sabía lo que es el subconsciente, el olor le venía de aquel julio de hace treinta y tantos años en Toral de los Vados, cerca del muelle, de gran velocidad. Un día no pasaron los correos, ni el otro día, ni el otro. La estación era un cementerio, y más que la estación, todo el pueblo era un cementerio: la gente espiaba apartando un poco los visillos; tú quédate en casa, es mejor que las chicas no anden por la calle. En el muelle de gran velocidad dejaban

coger ciruelas a quien las quisiera, pero casi nadie se atrevía o acaso las habían aborrecido. Luego, de repente, empezaron a pasar más trenes que nunca y mucho más alegres que en toda la vida de antes. Fue una cosa preciosa tener dieciséis años y que viniese una guerra, pero qué bonita aquella guerra. Las mañanas eran tristes, porque los mayores se apartaban para hablar bajo, parecía que se daban el parte de lo ocurrido cada noche; pero a medida que crecía el día todo el aire se llenaba de canciones animosas y pegadizas. El correo entraba a poca marcha; además de los vagones abarrotados, traía por fuera racimos de hombres que lo adornaban como una cadeneta en las verbenas del Cristo. Nunca se habían visto tantos mozos juntos ni tan voluntariosos y encendidos para las chicas. Las primeras veces fue demasiado, igual que la gente salía con quesos y garrafrones de vino, todo de regalo, ellas se dejaban besar y nadie las reñía por eso. Con los días, la gente se fue haciendo más mirada para sus víveres, y a los viajeros había que atarlos corto, porque ya empezaban a abusar con aquello de ven mi amor que a lo mejor mañana me matan. Luego todo se hizo normal, porque hasta en una guerra las cosas terminan por ser normales. El correo pasaba con un retraso enorme que no sorprendía a nadie, porque todos contaban con el retraso; seguía viniendo hasta los topes, y su parada era mucho más larga; sí los mozos traían hambre o sed compraban en la cantina y en vendedores ambulantes, que ahora había muchos: las chicas paseaban muy dignas por el andén arriba y abajo, bien cogidas del ganchete para sentirse más seguras unas con otras, no vayan a creerse que todo el monte es orégano. Los de las ventanillas y los estribos y plataformas las asediaban con sus dichos: era curioso que los dichos se repitieran un día y otro, como si todos los aprendieran por el mismo libro en la misma escuela. Alguna vez consentían ellas en pararse y habla; eso era cuando ellos tenían un poco de educación. Pero aunque hubieran estado orgullosas y hablando entre ellas como si no hubiera tren en la vía, cuando la maquina arrancaba y había cogido un poco de fuerza se desataban unas de otras y cada cual se hacía prometedora en la distancia creciente con adioses y gestos, y Rosa, por dónde andaré Rosa, cuánto daría por verla echaba besos a los del vagón de cola, y ellos se desesperaban y hacían como que iban a tirarse en marcha, y las cosas ya no eran como antes, que ellos decían siempre ¡Viva España!, y ahora, si cuadra, la madre que os parió. El transistor había acabado con

himnos. Debieran inventar que los transistores tocaran lo que una quiere, aunque hubiera que echar por una rendija la moneda que fuese. Ella echaría ahora cinco duros, tanto no, pero un duro sí que lo echas sólo porque tocasen en "Sevilla había una casa y en la casa una ventana". Entonces toda la pequeña estación de Los Boliches lo sabía de fijo, se llenaría de un olor a ciruelas y sería fácil recordar el reír de Rosa, quién sabe si la cara de madre. Una tarde de calor, pero ya había pasado un verano más, acaso dos veranos, el tren estaba parado por no sé qué cosa de la caldera. Les gritaban a ella y a sus amigas desde un tercera

-¡Eh, pequeñas! ¡Las del biberón!

Rosa tomó el mando y dijo la consigna:

-Ni caso, eh, ni siquiera mirarlos.

El andén estaba demasiado lleno, se sabía lo de la caldera que tiraba el agua, gente bajaba a estirar las piernas sin demasiada preocupación, muchos a comprar vino para luego atar la botella por fuera de ventanilla y que puerto arriba se fuera refrescando todo el tiempo. Tanta gente que ella se sintió apretada, separada de las amigas, llevada y traída, con algún hombre su lado, que en seguida era otro hombre como en los bailes donde se cedía la pareja. Entonces se le acercó uno que a ella le pareció distinto:

-Por favor, ¿dónde podría coger agua? No había manera de acercarse a la cantina.

-Ahí afuera, en la plazuela misma.

-Lléveme, ¿quiere? Tengo miedo de perder el tren.

Tenían que empujar al personal. Se cogieron de la mano para no perderse. Luego resultó que no hacía falta tanta prisa. El con su cantimplora llena. Estaban al pie del estribo, sin hablar, se miraban muchas veces, pero de cada vez se miraban poco tiempo. Ella estaba asombrada de aquel soldado distinto, tan serio, ni siquiera cantaba con los otros, no les decía cosas a las chicas y a ella la trataba de usted, pero bien se veía que no era guasa. Con disimulo, lo miraba al pecho de la guerrera y a las bocamangas no llevaba nada de mando, qué raro que no llevase una estrella, galones encarnados, por lo menos, nada.

-¿Cómo te llamas?-dijo ahora, tuteándola; pero dijera lo que dijera, no ofendía.

-María Encina.

-María Encina, ¿qué?

-María Encina Castedo.

-¿Te llegará una carta sólo con eso?

-No sé..., mejor poniendo...

Sonó la campana tres veces.

-¿Qué?

-Calle de la Cuesta.

-Y el número?

-No tiene número.

Ahora un pitido y el resoplar creciente de máquina.

-¿Puedo besarte?

-¿Por qué?

Fue en la frente, un poco despacio, pero luego la cara azulada del hombre bajó como rayo a buscar mi boca, y la encontró pronto, pero poco abridera, ahora me acuerdo estuve sosa, tendría una que vivir dos veces él tuvo que correr y se colgó de cualquier parte, alguien debió tirar desde dentro, lo engulló el tren, que se perdió más de prisa que ningún otro día, y yo me hubiera puesto a morir de tristeza si no se me hubiera ocurrido el consuelo de que era domingo y él me había visto con medias y aquella blusa. Las canciones andaluzas son muy tristes. No, ahora no podría oír ni por nada "Ay ay ay ay no te mires en el río", apagado el transistor, era lo que tocaban en la pista, el cartero no le trajo ninguna carta, mucho tiempo y ninguna carta, porque tengo- niña- celos- de él.

También aquí, en todas partes, se nota cuando el tren está para llegar. Las extranjeras se arrimaban a los arcos, que eran un horno, a ellas no les molestaba el sol, y los paisanos arrastraban con pereza sus cestas. Pensó que debía despertar al marido, el marido dormía ya sosegadamente y sólo a veces se sobresaltaba y hacía un esparaván, pero a la mujer le daba lástima por el estilo de las mañanas en que mirándolo se decía cinco minutos más, aunque ahora la lástima era por ella misma; quería terminar su historia, como un niño que se esconde en un portal para comer su dulce. La historia verdaderamente no tenía final. Estaba segura de que el soldado lo habían

muerto antes de que le dieran papel de escribir; ella estaba mona con su blusa y sus medias, tenía una cintura muy fina y obediente, él hubiera escrito sin falta en aquel papel de escribir que vendían con cuatro carillas y los colores de la bandera y viva esto y viva lo otro, pero tenía que haber muerto, porque ella en seguida presintió que debía recordarlo como en una foto ovalada y de color marrón descolorido, de las que se cuelgan en las paredes de las casas, aunque algunas noches...

-¡Pero qué país! Ese reloj parado y uno aquí perdiendo la tarde. ¡No ves cómo se ha puesto la chiquilla!

Se levantaron y apañaron las cosas. Ella le tenía ley a su hombre, había dejado su tierra cuando él dijo de venir al Sur; respeto, casi un poco de miedo, no sería capaz de andar en pensamientos estando a su lado y él despierto, eso sería de mala mujer. Cuando él fue allá a trabajar en el pantano se enteró de los amores de ella, por qué no, pero por nada del mundo ella iba a contarle aquel secreto dulce y profundo del soldado que la cogió por la cintura, no sabía por qué, pero barruntaba que él no iba a perdonarle una cosa tan seria; los otros amores, sí; el que hubiera estado amonestado con otro novio, sí. Entonces vino el trenillo de la costa, y como si fuera la primera vez, la mujer se quedó asombrada de verlo tan de juguete; luego le entró de repente una risa escandalosa, y el marido," ¿qué coño te pasa?", y ella, con la risa temblona que le aflojaba y le movía la abundancia de las carnes arriba y abajo, y cómo iba a decir que le había dado aquello tan tonto porque el trenillo no es ni comparanza con el correo de Galicia, y qué nombre para una estación:

Arroyo de la Miel; corasón, daría algo por saber que ha sido de Rosa.